

San Pablo y el «genio femenino»

Remedios Falaguera Silla

INTRODUCCIÓN

Con el pretexto del año jubilar dedicado a San Pablo y gracias a la sugerencia del Santo Padre Benedicto XVI de promover la riqueza de los textos paulinos, verdadero patrimonio de la humanidad, me he propuesto releer los textos del apóstol.

Pero esta vez, con los ojos y el corazón de una mujer que no solo pretende redescubrir en ellos la novedad de la defensa de la dignidad femenina, en la que tanto se empeñó Jesucristo durante toda su predicación, sino que con el osado atrevimiento por mi parte, de desmitificar el machismo atribuido al apóstol durante décadas.

Es obvio que Jesucristo fue un vanguardista en el trato con las mujeres respetando su riqueza humana y espiritual como algo específicamente femenino e imprescindible para el futuro de la humanidad. No solo por considerar su naturaleza propia, ni inferior ni igual a la del hombre, sino que reconoció su dignidad —desde el mismo momento de la creación—, y el papel extraordinario que el genio femenino ha jugado en la construcción de la Iglesia.

De esta manera, a través del ejemplo de las mujeres sencillas, comprometidas, generosas, piadosas, valientes,... que formaron parte en la vida de San Pablo veremos que las palabras del apóstol no solo hicieron en su día temblar las columnas del Imperio, sino que son de una tremenda actualidad; ya que, si leemos con atención sus textos, no distan mucho de las alabanzas, gratitud y compromisos hacia las mujeres de Juan Pablo II en la *Mulieris Dignitatem* o de las de Benedicto XVI en la *Spe salvi*.

Lo que se podría entender

Todas ellas tienen mucho que enseñarnos. Y estas líneas pretenden, sin ningún pudor, presentar a las «mujeres de San Pablo» y demostrar que, tanto ayer como hoy, la defensa por el apóstol de la dignidad femenina continúa vigente.

A muchos de ustedes les puede parecer extraño la tarea que me propongo realizar pero la personalidad, el apasionamiento y la profundidad de Pablo de Tarso siempre me ha fascinado y la actualidad del Año Paulino merece que, como mínimo, intente comprender mejor la verdad, la bondad y la belleza de sus enseñanzas.

Es comprensible que al escuchar, «las mujeres sométanse a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia...Pues así como la Iglesia está sometida a Cristo, así las mujeres han de estarlo a sus maridos en todo», encasillemos al apóstol de machista trasnochado, de prepotente, de un hombre que supuestamente despreciaba no solo la dignidad de la mujer sino la participación femenina en todos los ámbitos de la vida pública.

La misma misión compartida

Pero basta seguir leyendo el texto para darnos cuenta de la belleza de sus palabras acerca de la dignidad de la mujer y la igualdad de derechos y deberes del hombre y la mujer, creados por Dios para construir juntos el destino de la humanidad: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne: antes bien la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo».

Más aún: me atrevo a afirmar que su predicación no puede ser prejuzgada de misoginia. Al contrario. A pesar de su educación, de la cultura y las tradiciones de su tiempo, este problema nunca existió para él, puesto que para San Pablo, todos tenemos los mismos derechos y obligaciones no solo en transformar nuestros corazones al escuchar sus enseñanzas y hacerlas vida, sino en la misión evangelizadora que nuestro Señor Jesucristo quiere para cada uno de nosotros: cambiar el mundo para que Cristo reine en la tierra.

Las "mujeres de San Pablo" como Lidia, Daramis y tantas otras pueden mostrar lo de siempre... que el católico se ha sostenido en la familia, la familia en la mujer y Dios en el Catolicismo ha hecho recuperar la verdadera dignidad a la mujer, y al hombre. San Pablo daría mucho juego en la "recristianización" tan necesaria desde el neo-paganismo. Su vida y su esfuerzo en tierra adversa y el éxito real del cristianismo a pesar de los martirios muestran lo que está pasando y va a pasar. Ganaremos pero con sangre.

1. LIDIA, MUJER PIADOSA

“Zarpando, pues, de Troas, vinimos con rumbo directo a Samotracia, y el día siguiente a Neápolis; y de allí a Filipos, que es la primera ciudad de la provincia de Macedonia, y una colonia; y estuvimos en aquella ciudad algunos días. Y un día de reposo salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido. Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos”. (*Hch* 16, 11-15)

La primera cristiana de Europa

La primera mujer que aparece en los Hechos de los Apóstoles relacionada con San Pablo es una gentil procedente de la Tiatira del Apocalipsis, comerciante de telas y de púrpura llamada Lidia, la tintorera.

A pesar de la buena posición económica y social en la que se encontraba, gracias a su negocio familiar asequible únicamente a ciudadanos de lujo, Lidia no se hizo célebre por esto. Al contrario. Si por algo ha pasado a la historia ha sido por ser la primera cristiana europea, ya que, mientras escuchaba atentamente las palabras del apóstol, el “Señor abrió su corazón”, creyó, se arrepintió de sus pecados y se bautizó, junto a toda su familia, creando así el primer grupo de creyentes-la primera Iglesia- del continente europeo.

Pero no fue solamente su conversión, su fidelidad y su gran afán apostólico lo que la engrandeció. Más bien, suponemos que fue su valentía, su bien ganada autoridad y su generosidad al abrir las puertas de su casa como lugar de culto y predicación, creando así la primera iglesia doméstica, mostrando así su enorme agradecimiento por el regalo de la fe: “Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos”.

Iglesias domésticas

“Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos” Lidia, mostrando así su enorme agradecimiento por el regalo de la fe, no dudó en abrir las puertas de su hogar, para que fuera utilizada como escuela de vida cristiana capaz de transformar el mundo. Pues nadie duda que la intimidad del hogar, en un clima de amor..., es el lugar idóneo para aprender las virtudes humanas y sobrenaturales necesarias para nuestra tarea apostólica.

Por esto, es grato observar como la historia de Lidia es un ejemplo vivo de todas aquellas mujeres que han sabido convertir sus hogares en iglesias domésticas, reforzando así el importante

papel de la mujer en la evangelización, en el compromiso con las enseñanzas de Jesucristo y en la colaboración sin límites con los apóstoles.

Además, hay que señalar la delicia que supone observar como Lidia, superando todos los prejuicios culturales de la época, discriminatorios de la mujer, no dudó en abrir las puertas de su casa a los discípulos del Maestro. Es más, gracias a su gran coraje y osadía, fue la precursora, junto a las Santas Mujeres que supieron estar a los pies de la Cruz con una valentía inigualable por los apóstoles, de la eliminación de la trasnochada discriminación de la mujer en la Iglesia, puesto que “ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. (Ga 3, 28).

Nadie duda de que ser mujer piadosa imprime un carácter especial, un espíritu de comunión con Dios que le lleva no solo a servir, sino a realizar obras buenas por Dios y por la Iglesia con una extraordinaria docilidad. Resta añadir que en aquella época era el único modo en que la mujer podía demostrar su amor y su compromiso con la Palabra de Dios, ya que no estaba autorizada a hablar ni a enseñar. Pero no por ello, se infravalora ni un ápice la aportación de su “genio femenino” a la misión salvífica de Jesucristo, imprescindible para la expansión de la Iglesia en Europa.

“Buscarle, encontrarle, tratarle, amarle”

Este “hacer, hacer” o simplemente “hacer para” es una cualidad que no por silenciosa es menos grandiosa ante la mirada atenta de nuestro Señor, puesto que embellece el corazón de aquella mujer que lo realiza.

Al contrario. “Buscarle, encontrarle, tratarle, amarle” es el esfuerzo que necesitamos para realizar nuestra misión. Ya que, nuestro servicio es compartir, es amar sabiendo que sólo ama el que sabe que Alguien le ama. “Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad” (1Jn 3, 18-19).

2. LA PITONISA, MUJER OBJETO

“Sucedió que al ir nosotros al lugar de oración, nos vino al encuentro una muchacha esclava poseída de un espíritu adivino, que pronunciando oráculos producía mucho dinero a sus amos. Nos seguía a Pablo y a nosotros gritando: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, que os anuncian un camino de salvación.» Venía haciendo esto durante muchos días. Cansado Pablo, se volvió y dijo al espíritu: «En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella.» Y en el mismo instante salió. Al ver sus amos que se les había ido su esperanza de ganancia, prendieron a Pablo y a Silas y los arrastraron hasta el ágora, ante los magistrados; los presentaron a los pretores y dijeron: «Estos hombres alborotan nuestra ciudad; son judíos y predicán unas costumbres que nosotros, por ser romanos, no podemos aceptar ni practicar.» La gente se amotinó contra ellos; los pretores les hicieron arrancar los vestidos y mandaron azotarles con varas. Después de haberles dado muchos azotes, los echaron a la cárcel y mandaron al carcelero que los guardase con todo cuidado”. (Hch 16, 16-23)

San Pablo, el adalid de la dignidad de la mujer

Es una delicia observar en este texto como San Pablo pone en evidencia la superioridad del poder de Jesucristo ante esta plaga de adivinos, magos, médium, espiritistas, etc. dominada por la fuerza del demonio, que entonces, como ocurre hoy en día, tiene un gran número de seguidores.

Pero, hay algo más. El apóstol San Lucas aprovecha el episodio de la pitonisa no solo para manifestar la superioridad del mensaje de Jesucristo ante el poder maligno de la superstición, sino para demostrar al pueblo de Filipos su comprensión ante esta joven esclava, se supone que al

servicio de los sacerdotes paganos, exorcizándola y jugándose la vida en defensa de su dignidad explotada.

Si leemos con atención estas palabras, resulta de tremenda actualidad la defensa de la dignidad de esta esclava; ya que podemos suponer que dadas sus cualidades adivinas, se habría pagado por ella un alto precio, y sus amos se lucraban económicamente gracias a ella, convirtiéndola en lo que en pleno siglo XXI se considera una mujer objeto.

“Al ver sus amos que se les había ido su esperanza de ganancia” la reacción es inevitable. Son capaces de denunciar al apóstol públicamente, con doblez engañosa, aludiendo a falsas injurias salidas de la boca del apóstol para no rebelar su verdadera intención: Vale la pena difundir mentiras contra el bien que perder los privilegios. Si para evitar que las arcas mengüen hay que dejar por el camino el respeto que la mujer se merece convirtiéndola en mujer objeto, no hay problema alguno.

¿El sexo débil?

Como ya pasaba en la época del apóstol, hoy 2.000 años después, el complejo de superioridad que muchos hombres tienen hacia la mujer, tiende a relegarla a un segundo plano, y a considerarla como un objeto que pertenece al hombre, la cual tiene que acatar con una sumisión mal entendida la primacía masculina sin condiciones, puesto que ella es débil y pasiva, como afirmaba Hegel.

Esta primacía del “sexo fuerte”, como nos muestra este pasaje de los Hechos de los Apóstoles, puede llegar a provocar en la mujer un sentimiento de culpabilidad, una inseguridad de identidad, que haga peligrar el desarrollo de sus cualidades femeninas, necesarias para el enriquecimiento y cuidado de la humanidad.

Pues bien, San Pablo, cansado ya de esta situación, nos habla de respeto, de igualdad y de dignidad. La repulsa que siente hacia todo tipo de violencia contra la mujer utilizándola como reclamo no le permite dejar pasar la ocasión y “dijo al espíritu: En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella”, para que vuelvan a brillar en la mujer endemoniada su valor intrínseco, sus cualidades, valores, cultura, feminidad, ternura, intuición, esfuerzo... que nunca nadie tendría que haber violado.

Y al igual que entonces, hoy es Benedicto XVI el que afirma: “ Hay lugares y culturas en los que la mujer es discriminada y minusvalorada sólo por el hecho de ser mujer, en los que se recurre incluso a argumentos religiosos y a presiones familiares, sociales y culturales para defender la disparidad de los sexos, en los que se perpetran actos de violencia contra la mujer, haciendo de ella objeto de malos tratos o de abusos en la publicidad y en la industria del consumo y de la diversión. Ante fenómenos tan graves y persistentes parece más urgente todavía el compromiso de los cristianos para que se conviertan por doquier en promotores de una cultura que reconozca a la mujer la dignidad que le compete, en el derecho y en la realidad concreta. (Discurso a los participantes del Congreso Internacional «Mujer y varón, la totalidad del humanum», el 10 febrero 2008)

3. MUJERES NOBLES, CULTAS E INSTRUIDAS

“Atravesando Anfípolis y Apolonia llegaron a Tesalónica, donde los judíos tenían una sinagoga (*Hch* 17, 1)... Algunos de ellos se convencieron y se unieron a Pablo y Silas así como una gran multitud de los que adoraban a Dios y de griegos y no pocas de las mujeres principales. (*Hch* 17, 4) Por la noche, los hermanos enviaron hacia Berea a Pablo y Silas. Ellos, al llegar allí, se fueron a la sinagoga de los judíos. (*Hch* 17, 10)... Creyeron, pues, muchos de ellos y, entre los griegos, mujeres distinguidas y no pocos hombres”. (*Hch* 17, 12)

La “revolución” del mensaje de Jesucristo

A pesar de que la situación de la mujer ateniense en la época de San Pablo era mucho más abierta que la del pueblo judío, es de todos conocido que, incluso las atenienses acomodadas, cultas e instruidas de las que nos habla el apóstol en este texto carecían de lo que hoy concebimos como derechos ciudadanos.

Sabido es que la vida de las mujeres estaba dirigida primordialmente al matrimonio, las labores domésticas, el hilado y a la crianza de los hijos, especialmente, hijos varones con los que perpetuar la especie. La dependencia del marido era tal que podía amonestarla, repudiarla o apedrearla en caso de adulterio, siempre que éste estuviera probado.

Normalmente estaban encerradas en casa. Se les negaba la entrada en el templo, aprender la ciencia sagrada ni como entretenimiento ni para su educación, dar testimonio de su fe; y lo que es peor aun, sus opiniones eran rechazadas e ignoradas, incluso por su padre o su marido.

Pues bien, en este ambiente, entendido veinte siglos después como discriminatorio y radical, cada palabra, cada gesto, cada silencio de San Pablo, al igual que hizo Jesucristo, supuso una revolución. Una revolución que, a pesar de los prejuicios de la época, el apóstol no abandonó ni un instante hasta volver a situar a las mujeres en un lugar relevante de la historia de la Iglesia, como se puede observar dando un ligero repaso a las páginas del Nuevo Testamento.

En el caso de estas mujeres, cultas e instruidas, nobles de espíritu, los textos sagrados no nos las presentan como mujeres engreídas y orgullosas de su condición que desprecian a los que les rodean; ni en actitud distante y rígida que mira a los demás por encima del hombro. Al contrario; son mujeres que no se conforman con el honor, la gloria y la riqueza de su condición; ni mucho menos; buscan algo más. Buscan la Verdad.

Nadie da lo que no tiene

Y debió ser este afán de formación espiritual y humana, lo que les llevo a estas nobles mujeres a encontrarse con el Señor, puesto que, al escuchar a San Pablo en la sinagoga, que se “convencieron y se unieron” a él en su fascinante misión.

Dios conquistó su corazón, abrió su inteligencia para comprender y les colmó de dones no solo para profundizar y difundir la bondad y la verdad de sus enseñanzas, sino para trabajar con entusiasmo para que Cristo reine en la tierra.

Eso si, no olvidar que no podremos enseñar lo más valioso que tenemos si no lo conocemos. Y no lo conoceremos si no lo vivimos.

Del mismo modo que estas mujeres alimentaron, a través del mensaje de Cristo, la fuerza de su amor y de sus ansias de felicidad. Y que, conscientes de sus cualidades y defectos, toman el camino de transformar su realidad cotidiana en busca de un proyecto divino, cueste lo que cueste, y digan lo que digan. Ya que, movidas por el amor y la responsabilidad, deciden libremente dar lo mejor que poseen.

Valía personal no les faltaba para llevarla a cabo. Ya que, como suele ocurrir, el corazón inquieto y abierto de las personas instruidas no solo recibe con celo y entusiasmo todo lo que le suponga un enriquecimiento personal, sino que lo hace vida y lo defiende con argumentos sólidos.

Un saber que eleva a lo alto

Y Dios ha querido engrandecer a los hombres con unas cualidades propias que le lleven a descubrir la grandeza, la belleza, la bondad y la verdad de sus obras.

De tal forma que, como ocurre con las buenas lecturas, las audiciones musicales, el teatro, la mirada a una obra de arte, los debates, etc. no solo nos llenan de un placer inmenso, sino que al mismo tiempo “engrandece a la persona; incluyendo su dimensión religiosa”, como afirma Benedicto XVI, puesto que cultivar la verdad, la bondad y la belleza de todo lo que nos rodea engrandece nuestro corazón y ennoblece el espíritu.

Dicho de otro modo, este afán de saber no es un placer únicamente sensible, lleno de afectos y sentimientos, sino que para descubrir la grandeza de la obra de Dios, una obra llena de luz y de Amor eterno, debe actuar la inteligencia y la voluntad, potencias sine qua non para el aprendizaje. Y puesto que tanto el hombre como la mujer “buscan la verdad”, como nos recuerda el Santo Padre, y “la verdad que nos hace libres es Cristo, porque sólo él puede responder plenamente a la sed de vida y de amor que existe en el corazón humano”, me complace observar que, San Pablo, Maestro de Fe y Verdad, nos presenta a estas mujeres como protagonistas de un gran desafío para el futuro de la fe, de la Iglesia y del cristianismo.

Es más, me atrevo a afirmar que, hoy como hace dos mil años, existen muchas mujeres que se “apasionan por su mensaje, experimentan el deseo incontenible de compartir y comunicar esta verdad”. Y como es propio en ellas, no permitirán que se apague la Luz que ilumina su razón y que mengüen sus fuerzas del corazón ante el nuevo horizonte que se abre ante nosotros. Porque “allí donde está Dios, allí hay futuro”.

4. DÁMARIS Y LA DIGNIDAD DE LA MUJER

"Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas: Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos. Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez. Y así Pablo salió de en medio de ellos. Mas algunos creyeron, juntándose con él; entre los cuales estaba Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos".(Hch 17, 22-34)

El tesoro de nuestra religión

Dicen los grandes maestros de la Iglesia que San Pablo, aprovechando la referencia al altar “Al Dios desconocido” como excusa para atraer la atención de los atenienses que se encontraban en el Areópago, realizó el primer discurso de apologética cristiana en la historia de la Iglesia.

En él, el apóstol nos resume las principales verdades de la fe que profesan los cristianos, en la que "primero habla de la primera Persona divina y de la obra admirable de la creación; a continuación, de la segunda Persona divina y del Misterio de la Redención de los hombres; finalmente, de la tercera Persona divina, fuente y principio de nuestra santificación" (Catech. R 1, 1,3).

Dicho de otro modo, nos presenta el tesoro de nuestra religión. Es decir:

1. Que Dios Padre es Todopoderoso, Creador y Señor del cielo y de la Tierra.
2. Que Jesucristo es el Hijo único de Dios,

3. concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nacido de María la Virgen.
4. Que por amor nosotros, los hombres, fue crucificado, muerto y sepultado.
5. y descendió a los infiernos. Al tercer día resucitó,
6. subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre.
7. Que Jesús vendrá a juzgar a vivos muertos.
8. Creo en el Espíritu Santo, señor y dador de vida.
9. En la Iglesia una, santa, católica y apostólica, la comunión de los santos.
10. el perdón de los pecados,
11. la resurrección de los muertos.
12. Y la vida eterna.

Pero no es mi intención extenderme en estas consideraciones fundamentales para la vida del que quiere seguir a Cristo. Más bien, me gustaría detenerme en la afirmación de que todos, hombres y mujeres, hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, y por lo tanto, con idéntica dignidad humana.

Es la dignidad del ser humano por el mismo hecho de serlo. Y para llevar a cabo la colaboración recíproca y la “responsabilidad común por el destino de la humanidad”, Dios ha querido crear al hombre y a la mujer necesarios por igual pero diferentes; no antagónicos, sino complementarios.

Hombre y mujer, proyecto del amor de Dios

Por designio divino, el Padre eterno les concede el privilegio de formar parte de su propia estirpe, de su linaje. El honor más excelso de nuestra existencia “porque en él vivimos, y nos movemos, y somos”.

Por lo tanto, resulta evidente que la defensa de la libertad y la dignidad de las personas sea un eje fundamental en el transcurso de la evangelización cristiana, a menudo, en contra del ambiente dominante. Solo hay que leer despacio el primer capítulo de la Carta a los Romanos, donde San Pablo nos da unas pinceladas del panorama de la sociedad elegida por Dios para germinar Su Iglesia : “Dios escribió el Apóstol los abandonó a los malos deseos de sus corazones, a la impureza con que deshonran ellos sus propios cuerpos...; los entregó a pasiones deshonrosas, pues sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contrario a la naturaleza, y del mismo modo los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos de unos por otros... Dios los entregó a un perverso sentir que les lleva a realizar acciones indignas, colmados de toda iniquidad, malicia, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidio, riñas, engaño, malignidad; chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes con sus padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados” (Rom 1, 24, 26- 30)

Pero, a pesar de esta impresionante realidad, Dios sigue susurrándonos al oído aquellas palabras de San León Magno: “Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad y, hecho partícipe de la naturaleza divina, no caigas ya más en la vieja vileza. Acuérdate de quién es tu cabeza, y de qué cuerpo eres miembro”.

El “arte de cuidar”

Y como no podemos pasar por alto que gracias a que “María es la única persona humana que realiza de manera eminente el proyecto de amor divino para la humanidad, las mujeres podemos “comprender mejor su (nuestra) dignidad y la grandeza de su (nuestra) misión”.

En este sentido, y como demostración del amor divino a la diferencia de la mujer – por su naturaleza y sus cualidades-, Dios ha querido para ella una dignidad propia necesaria para su vocación específica en la Iglesia y en la sociedad.

Puesto que, como ya señaló Juan Pablo II, en la *Mulieris dignitatem*, la superioridad de la mujer radica en su capacidad para custodiar al ser humano. Este arte de cuidar la vida con sentido humano y sobrenatural “es la característica principal de la feminidad. [...] De ahí la fuerza de la mujer cuando sabe amar, [...] por ello Dios le confía de un modo especial al hombre, es decir, al ser humano.”

Un arte insustituible con la que la mujer se encuentra a si misma, un servicio que solo pretende el bien de los demás por ellos mismos, y un “saber hacer” una sociedad más humana que pone en evidencia la riqueza de sus cualidades propias. En esto radica su especial dignidad.

Por lo que no es de extrañar que, entre los atenienses que visitaban con asiduidad el Areópago, nos encontremos mujeres como Dámaris, “llamadas a formar parte de la estructura viva y operante del Cristianismo”, deseosas de entender y vivir de acuerdo con estas palabras.

Es más, nuestra noble protagonista, que suponemos era de gran relevancia en la ciudad, no se dejó confundir por los que se burlaban de San Pablo. Al contrario. Desde el mismo instante que abrió su corazón a las palabras del apóstol supo que estas no eran teoría ni ideología barata, sino convicciones reales y prácticas.

Como consecuencia de ello, asumió el compromiso de transformar con valentía su pequeña historia en una historia más del Evangelio, por la que “la Iglesia expresa su agradecimiento *por todas las manifestaciones del «genio» femenino* aparecidas a lo largo de la historia, en medio de los pueblos y de las naciones; da gracias por todos los carismas que el Espíritu Santo otorga a las mujeres en la historia del Pueblo de Dios, por todas las victorias que debe a su fe, esperanza y caridad; manifiesta su gratitud por *todos los frutos de santidad femenina*” (*Mulieris Dignitatem*, n. 31).

5. PRISCILA, AMIGA, CÓMPLICE Y COLABORADORA

“Después de esto marchó de Atenas y llegó a Corinto. Se encontró con un judío llamado Áquila, originario del Ponto, que acababa de llegar de Italia, y con su mujer Priscila, por haber decretado Claudio que todos los judíos saliesen de Roma; se llegó a ellos y como era del mismo oficio, se quedó a vivir y a trabajar con ellos. El oficio de ellos era fabricar tiendas. Cada sábado en la sinagoga discutía, y se esforzaba por convencer a judíos y griegos.” (*Hch* 18, 1-4)

“Saluden a Prisca y a Áquila, mis colaboradores en Cristo Jesús. Ellos arriesgaron su vida para salvarme, y no sólo yo, sino también todas las Iglesias de origen pagano, tienen con ellos una deuda de gratitud. Saluden, igualmente, a la Iglesia que se reúne en su casa.” (*Rom* 16, 3-5)

Es curioso observar la naturalidad y gratitud con que San Pablo trataba a los miembros de su comunidad, especialmente, a las mujeres, ya que con su aportación generosa, su desinterés, su compañía, y sus fraternales cuidados permitían al Apóstol desarrollar mas libremente su labor al servicio de Cristo

Retomando la lista de las mujeres relacionadas con San Pablo debo confesar que Priscila, esposa de Áquila, es la que más me ha cautivado hasta ahora. Tal vez sea porque su matrimonio ejemplar tiene mucho que enseñarme todavía sobre el compromiso y la entrega de los esposos al servicio del Reino de Dios. O tal vez, porque me ilusiona pensar que mi hogar puede transformarse en una pequeña comunidad con proyección evangelizadora, una iglesia domestica, con las puertas siempre abiertas a las necesidades materiales y espirituales de todos los que la componen y se acerquen a ella.

Por ello, no me resulta extraño encontrar la referencia a este matrimonio en seis pasajes del Evangelio: Hechos 18, 21; Corintios 16, 19; Hechos 18, 8; Hechos 18, 26; Romanos 16, 3 y 2 Timoteo 4, 19.

La amistad y complicidad en los miembros de la Iglesia

Me llena de satisfacción suponer que para San Pablo el encuentro con Priscila y Áquila, unos judíos procedentes de Roma, probablemente ya cristianos, debió ser un grandísimo descanso físico y psíquico en su ardua tarea. Conocedores de que eran miembros de un solo Cuerpo, no solo le

hospedaron en su casa y le dieron trabajo en su pequeña empresa de construcción de tiendas; sino que esta extraordinaria pareja se convirtió en su confidente discreto, en su báculo férreo, su auxilio, su refugio... anticipándose con generosidad a sus necesidades, llegando incluso a defenderlo hasta arriesgar sus vidas por él.

De tal manera que, a través del ejemplo de la amistad leal y sincera, y la complicidad de este matrimonio, el apóstol nos invita a ver *“el rostro amable de Jesucristo”*, a vivir *“los mismos sentimientos que Cristo tenía en su corazón”* (Col 1, 9) y a exprimir nuestra vida por el bienestar de la Iglesia enseñando su doctrina a todas las gentes.

Y como suele pasar habitualmente, el roce hace el cariño. Además de pasar largas horas trabajando codo con codo tejiendo lonas para ganarse el pan, de charlar con sosiego durante horas de lo humano y de lo divino, de aconsejarse mutuamente, de servirse en recíproca atención los unos con los otros, Priscila y Áquila compartieron con el apóstol una única misión: el desarrollo de la recién nacida Iglesia. Y para esto no dudaron en abrir las puertas de su casa a los que deseaban escuchar la Palabra de Dios y celebrar la Eucaristía.

Y esto, merece “una deuda de gratitud” de por vida. Es más, me uno a las maravillosas palabras de agradecimiento de Benedicto XVI que afirma: “a la gratitud de esas primeras Iglesias, de la que habla san Pablo, se debe unir también la nuestra, pues gracias a la fe y al compromiso apostólico de los fieles laicos, de familias, de esposos como Priscila y Áquila, el cristianismo ha llegado a nuestra generación... En particular, esta pareja demuestra la importancia de la acción de los esposos cristianos [...] Así sucedió en la primera generación y así sucederá frecuentemente”.

No creo que exagere ni un ápice si afirmo que Priscila, como suele ocurrir con las mujeres de todas las familias, no fue un elemento pasivo, una mujer florero. No, al contrario. Estoy segura que fue ella la que tomó la iniciativa en las costumbres familiares de la vida de piedad, e incluso, mucho me temo que en la decisión de realizar el voto de “nazir”, por el que ambos se consagraron a Dios (Hechos 18,18) contribuyendo de una manera única al servicio de la Iglesia, cuyo ejemplo y compromiso valiente sí podemos imitar.

Precisamente por esto, no nos debe extrañar que Priscila, sabiéndose verdadera amiga de sus amigos y llena de espíritu de compañerismo, no dudara en ahogar las injurias, las burlas y los sufrimientos a las que estaba sometido el apóstol de forma heroica en abundancia de bien.

Es más, su sentido de la responsabilidad ante la Iglesia de Jesucristo, les llevó, con un corazón grande, leal y amable a evitar el escándalo que pudieran producir las palabras del joven Apolos en los fieles que le escuchaban en la sinagoga.

Un pequeño gesto de amor a imitar: la corrección fraterna

“Llegó entonces a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solamente conocía el bautismo de Juan. Y comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga; pero cuando le oyeron Priscila y Áquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios. Y queriendo él pasar a Acaya, los hermanos le animaron, y escribieron a los discípulos que le recibiesen; y llegado él allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído; porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo”.(18, 24-28)

Gracias a la lectura de los Hechos de los Apóstoles hemos podido conocer un poco más los pequeños gestos de amor por la obra de Dios que Áquila y Priscila realizaban y, sobretodo, el respeto y la complicidad fraternal que sentían por los siervos del Señor. Por ello nos resulta más que comprensible que al escuchar al joven y elocuente Apolos, le corrigieran sus errores doctrinales con cariño sobrenatural y confianza.

Es más, debo confesar que me admira la valentía, la benevolencia, la justicia y la equidad que demostraron al ayudar a Apolos en su vida cristiana, conscientes en todo momento de que serán muchos los que se acercaran a la Iglesia a través de este joven discípulo.

No les debió resultar fácil permanecer indiferentes ante el error, seguramente les hubiera resultado más cómodo hacer como que no han oído ni visto lo que ocurría en la sinagoga. Pero esto no les impidió “pasar un mal rato”- como nos pasa a los padres cuando corregimos a los hijos para formarles e instruirles para que saquen lo mejor que llevan dentro-, para servir a la verdad, con la humildad del que se sabe un instrumento en manos de Dios. Pues como aconsejaba San Pablo: *“Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor y no te abatas cuando seas por Él reprendido; porque el Señor reprende a los que ama, y castiga a todo el que por hijo acoge”*. (Hb 12, 5-6) Eso sí, *“Por respeto al buen nombre del hermano, de su dignidad”* optaron por no decirle nada en la sinagoga en medio de los que le escuchaban. Al contrario, esperaron a que concluyera su predicación, y en la intimidad de su hogar, como hicieron después con muchos otros discípulos, *“le expusieron más exactamente el camino de Dios”*, para que su ministerio fuera más eficaz.

Esta declaración de amor a la unidad de la Iglesia, de confianza en el hermano, de caridad a la hora de corregir y de humildad es el mejor ejemplo que nos pueden ofrecer los protagonistas de este texto. De cómo los imitemos dependerá en gran parte la eficacia de nuestra misión y el éxito de nuestra vida. ¡Cuánta delicadeza, cuánta ternura, Señor!

6. LA LLAMADA DIVINA DE LAS HIJAS DE FELIPE

“Al día siguiente partimos y llegamos a Cesarea; entramos en casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los Siete, y nos hospedamos en su casa. Tenía éste cuatro hijas vírgenes que profetizaban”. (Hch 21, 8-9)

En este pequeño fragmento de la vida del apóstol, nos encontramos con unas jóvenes que han tomado un camino difícil. El espíritu de servicio y el afán apostólico de Felipe el Diácono, uno de los siete varones de buen testimonio elegidos por los Apóstoles (Hechos 6:5), debió ser un ejemplo extraordinario para sus hijas, puesto que dedicaron su vida por entero a servir al Señor y a predicar el Evangelio con “firmeza, aliento y consuelo”.

Para ello, no dudaron en aceptar de buen grado una entrega total a Jesucristo como único destinatario de su amor. Es más, la elección de estas cuatro jóvenes de entregar su cuerpo y su corazón al servicio de Dios y de los hombres les permite servir plenamente y de un modo específico e insustituible a las necesidades apostólicas de la incipiente Iglesia, y más aun, a la formación de los fieles que se acercaban a ella “de un modo total e indiviso”.

Tal vez, estoy segura de ello, esta llamada divina a vivir la virginidad por el Reino de Cristo pudo, como ocurre hoy en día, suscitar suspicacias e incomprensiones. Pero ¿quién dice que la mujer es libre para tomar esposo y no para consagrarse a Dios? ¿Cómo podemos afirmar que vivir este compromiso con Dios es antinatural, fanatismo, o peor aún, impide al hombre y a la mujer realizarse plenamente?

No, ni mucho menos. Esta decisión libre y responsable no sólo reafirma la dignidad de la mujer, sino que realiza su personalidad dándose por entero, al igual que la entrega de los esposos es total y permanente.

Como dice Jesucristo en el Evangelio, “Quien pueda entender, que entienda”.

Virginidad y matrimonio, una misma vocación, dos caminos diferentes

Porque para servir a la misión dado por el Padre, se necesita no únicamente de la santidad de los matrimonios fieles, padres honrados y madres ejemplares, sino también de hombres y mujeres con una exclusividad de cuerpo y corazón, libre e indivisa. Como nos recordaba Juan Pablo II en la Carta a las mujeres “que a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, Verbo encarnado, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la

humanidad a vivir para Dios una respuesta “esposal”, que expresa maravillosamente la comunión que El quiere establecer con su criatura”.

Y es que todos estamos llamados a la santidad, a ser trabajadores de la viña del Señor. Pero, cada uno de modo diferente, cada uno con carismas diversos. De esto deriva la grandeza de “la unidad en la diversidad” de la Iglesia, “llamada a transmitir la verdadera paz de Cristo a toda la humanidad”, como nos recordaba Benedicto XVI en la solemnidad de Pentecostés.

Es más, me atrevo a afirmar que el que no conoce el valor del misterio del matrimonio es incapaz de comprender la fecundidad de la virginidad, pues como bien leemos en un himno litúrgico, “donde hay caridad y amor, allí está Dios”

Tiempo para servir

“Todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna” dijo el Señor.

¡El ciento por uno! prometió el Señor a todos aquellos que, como estas cuatro mujeres, y otras muchas a lo largo de la historia de la Iglesia, aceptaron esta extraordinaria misión: Servir de modo eficaz con un corazón grande. Un servicio que como manifestación concreta y efectiva de ese compromiso divino no se detiene en pequeñeces, y no pierde la oportunidad de difundir el mensaje de Dios.

Puesto que se sabe comprometida, no sólo a una total disposición para una mayor dedicación a las tareas formativas encomendadas, para acompañar al afligido, o para rezar por los vivos y los difuntos. No, no sólo para eso, no, aunque ya sea muchísimo. Sino también, como viene siendo habitual en las tareas de muchas mujeres consagradas, una entrega de contemplación y acción, para dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar a los enfermos, enseñar al que no sabe, asistir al preso,... En definitiva, servir a los hombres y a la Iglesia, sabiendo que este servicio es amor. Un amor de quien ya sabe que Alguien le ama.

7. LA ABUELA LOIDA

“Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro en ti también" (2 Tm 1, 5).

“En cuanto a ti (A Tito, mi verdadero hijo en nuestra fe común), debes enseñar todo lo que es conforme a la sana doctrina. Que los ancianos sean sobrios, dignos, moderados, íntegros en la fe, en el amor y en la constancia. (Tt 2, 1-2)

Nadie duda de la importancia que tienen los abuelos para las nuevas generaciones. No sólo por su aportación generosa de vivencias y recuerdos, que fortifican la identidad familiar, sino por el ofrecimiento de sus talentos, el ejemplo de virtudes y valores vividos que ofrecen a los suyos como referencia espiritual y moral imprescindibles para la unidad y continuidad de las familias de hoy en día.

Algunos estudiosos en los textos sagrados aseguran que Loida es reconocida cariñosamente como “la abuela” por antonomasia de las Escrituras. Estoy convencida de que lo utilizan como un apelativo cariñoso, puesto que no podemos ni debemos olvidarnos de otros abuelos que aparecen también en la Biblia como Abraham y Sara, Simeón y Ana, o incluso Nicodemo.

Aunque tengo que confesar que Loida, no sólo es el reflejo de mujer virtuosa que busca la felicidad de los demás antes que la suya, y que cumple sus exigencias personales con una “fe no fingida”. San Pablo se refiere a ella como la “abuela” que transmite la riqueza de un ambiente cristiano, de generación en generación.

Dicen que las abuelas son madres con un montón de cobertura dulce. Tal vez por ello, me admira observar lo que Loida representa: la importancia de los lazos de sangre en la unidad de la familia, proporcionando un calor de hogar que irradia felicidad y transmite, de abuelos a nietos, unas raíces culturales y cristianas seguras y profundas.

Eso sin restar importancia a la serenidad propia que lleva consigo el título de “ser abuelo/a” que ofrece, como el mejor de los regalos, el amor y la ternura “que todo ser humano necesita dar y recibir”.

En fin, en la familia todos necesitamos de todos, pero la experiencia y la sabiduría de los abuelos, su cariño y comprensión, su tiempo y serenidad, es para los más jóvenes todo un privilegio.

Suele ocurrir que en la tarea de los padres para educar a los hijos, nos olvidamos que se necesitan muchas horas para pensar con serenidad en las necesidades e inquietudes de cada uno de los miembros de la familia. Será imprescindible poder dedicarles el tiempo necesario para transmitir los modelos de referencia espiritual y humana para una sana educación. Este es sin duda el mejor regalo que podemos ofrecerles.

Y aquí es donde entran en juego los abuelos. Ellos siempre están dispuestos a prestar su ayuda, en muchas ocasiones de forma inadvertida, a ser el consejero familiar de los esposos, el paño de lágrimas de los hijos, y los grandes “negociadores” entre los contratiempos y malentendidos de padres e hijos. Es más, nunca se cansan de hacernos comprender la bondad y maldad de nuestras acciones con la serenidad, su sonrisa habitual, y la experiencia que dan los años.

En pocas palabras, gracias a su experiencia en el “arte de vivir”, los abuelos son nuestra gran referencia para complementar, aconsejar y apoyar a los hijos en la educación de los nietos. Ellos saben como nadie ofrecer su grandeza espiritual para preparar un futuro feliz a todos los de la casa lleno de comprensión, tolerancia, servicio y ternura.

Los abuelos saben hacer realidad aquellos consejos de la Madre Teresa de Calcuta que decían: “La piel se arruga, el pelo se vuelve blanco, los días se convierten en años. Pero lo importante no cambia, tu fuerza y tu convicción no tienen edad. Tu espíritu es el plumero de cualquier tela de araña. Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida, detrás de cada logro, hay otro desafío. Mientras estés vivo, siéntete vivo. Si extrañas lo que hacías vuelve a hacerlo. No vivas de fotos amarillas. Sigue aunque todos esperen que abandones. No dejes que se oxide el hierro que hay en ti. Haz que en vez de lástima, te tengan respeto. Cuando por los años no puedas correr, trota. Cuando no puedas trotar, camina. Cuando no puedas caminar, usa el bastón. Pero ¡¡¡ Nunca te detengas!!!”

¡Ojalá que los abuelos vuelvan a ser una presencia viva en la familia, en la Iglesia y en la sociedad!

No hay que considerar a los abuelos como un estorbo. Al contrario. Ellos son parte importante de nuestro tesoro. “Los abuelos deben seguir siendo testigos de unidad, de valores basados en la fidelidad a un único amor que suscita la fe y la alegría de vivir”, destacó Benedicto XVI en la XVIII Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Familia, celebrada en abril de 2008. Y añadió: “No se puede proyectar el futuro sin hacer referencia a un pasado rico en experiencias significativas y en puntos de referencia espiritual y moral”.

Por todo esto, y más aún, es un deber de justicia valorar el privilegio que supone el apoyo y la aportación de nuestros mayores para sacar lo mejor de nosotros, para convertir nuestras familias en un referente de fidelidad, de amor y de servicio; y para crear una sociedad más humana.

¡Tienen tantas cosas que decirnos y enseñarnos!

Permítanme una confidencia: Al escribir estas líneas recuerdo, como si fuera ayer, los últimos días de enfermedad de mi madre.

Y como suele ocurrir en estos casos, suelo recordar los mejores momentos que he compartido junto a ella: encuentros entrañables, miradas de complicidad, conversaciones íntimas y profundas, risas, tiempos de diversión, lecturas... que se convirtieron en una parte de ti, de mi forma de ser, de pensar y de actuar. Recuerdo muchas circunstancias en mi vida que se han enriquecido gracias a ella, que me han hecho madurar y, que sin saber porque, lo transmites por osmosis a los que tienes a tu alrededor.

A pesar de estar muy enferma continuaba haciendo su trabajo de “ser madre” y una gran abuela: nos daba consejos, se interesaba por nuestros problemas, estaba pendiente de nuestras necesidades, nos sonreía, nos ofrecía esas miradas de complicidad que solo una madre puede tener con sus hijos, escuchaba a sus nietos con la paciencia y serenidad que yo, su madre, no tenía....

Cuando murió comprendí que, desde el cielo, me animaba a transmitir todo lo recibido gratuitamente por Dios. En especial, la fe transmitida por mis padres y el cariño que una gran abuela dedicó a sus nietos.

En fin, como dijo Benedicto XVI, “el abuelo del mundo”: ¡Ojalá que, bajo ningún concepto, sean excluidos del círculo familiar! Son un tesoro que no podemos arrebatarnos a las nuevas generaciones, sobre todo cuando dan testimonio de fe ante la cercanía de la muerte”.